

La Odisea de Homero

Canto I

Reunión de los dioses. Consejo de Minerva a Telémaco.

Traducción de Laura Mestre Hevia *

Háblame, Musa, de aquel varón ingenioso que anduvo errante largo tiempo, después de haber destruido la sagrada ciudad de Troya; que vio los pueblos y conoció las costumbres de muchos hombres, y sufrió en su corazón muchas penas, sobre el mar, luchando por su vida y la vuelta de sus compañeros. Y no pudo salvarlos a pesar de su deseo: perecieron por su misma demencia ¡insensatos! pues se comieron los bueyes del Sol, hijo de Hiperión, y este les quitó el día de su regreso. Musa, hija de Júpiter, cuéntanos algo de estas aventuras.

Ya todos los demás griegos que habían escapado del terrible desastre, estaban en sus casas, libres de la guerra y del mar, pero él solo, -queriendo volver a su casa y reunirse a su esposa,- era retenido en sus vastas grutas por la augusta ninfa Calipso, la más bella de las diosas, que lo deseaba por esposo. Cuando, corriendo los años, llegó el tiempo señalado por los dioses para volver a su casa en Itaca, ni entonces se libró de luchar, aún entre sus amigos. Todos los dioses le tenían compasión, menos Neptuno, que siempre estaba irritado contra Ulises, igual a un dios, antes de arribar a su patria.

Pero Neptuno había ido a ver a los lejanos etíopes, los más distantes entre los hombres, -a los etíopes, que están divididos en dos regiones, unos hacia la puesta del sol y otros hacia el levante.- para presenciar una hecatombe de toros y de corderos. Allí al menos se regocijaba sentado en un banquete; pero los otros dioses estaban reunidos en el palacio de Júpiter Olímpico. El padre de los dioses y de los hombres les dirigió primero la palabra, recordando en su corazón al noble Egisto a quien había dado muerte Orestes, hijo del ilustre Agamenón. Recordando a Egisto, dirigió este discurso a los inmortales:

«¡Grandes dioses! ¡Cómo acusan los hombres a los dioses! Dicen que sus males les vienen de nosotros, cuando ellos mismos por su demencia se buscan dolores, contra el destino. Así ahora Egisto, contra el destino, se casó con la esposa del hijo de Atreo, y mató a este a su vuelta, aunque sabía el terrible fin que le aguardaba, pues se lo habíamos anunciado enviando a Mercurio, el vigilante matador de Argos, para decirle que no diese muerte a Agamenón, ni solicitase a su esposa, pues le vendría la venganza

* Transcripción de Elina Miranda. Se ha actualizado la ortografía del manuscrito, específicamente en el uso de las tildes, y en los casos que se encuentran variantes hechas por la propia traductora, se ha adoptado la última atestiguada.

de Orestes, hijo del Atrida, cuando llegase a la juventud y deseara volver a su patria. Así habló Mercurio, pero no persuadió el ánimo de Egisto, a pesar de su buena intención, y ahora ha pagado juntas todas sus faltas».

En seguida Minerva, la diosa de ojos brillantes, le contestó:

«¡Oh padre, hijo de Saturno, el más poderoso de los soberanos! Egisto ha caído por una desgracia bien justa: ¡qué así muera también todo el que cometa tales faltas! Pero mi corazón se destroza por el prudente y desgraciado Ulises, que desde hace largo tiempo padece lejos de sus amigos, en una tierra rodeada de agua, donde está el centro del océano: la isla tiene árboles y en ella tiene su casa una diosa, hija del malvado Atlas, que conoce todos los abismos del mar, y sostiene las altas columnas que separan la tierra del cielo. La hija de este retiene al desventurado Ulises, a pesar de sus lamentos, y lo adula siempre con palabras tiernas y melosas, para que olvide a Itaca; pero Ulises, deseoso de ver siquiera el humo de su tierra natal, anhela morir. Júpiter Olímpico, ¿no se conmueve tu corazón, teniendo en cuenta que Ulises te agradaba, ofreciéndote sacrificios junto a las naves de los argivos, en la vasta Troya? Júpiter, ¿por qué estás tan irritado contra Ulises?»

Júpiter, el dios que amontona las nubes, le respondió:

«Hija mía, ¿qué palabras se han escapado de tu boca? Después de eso, ¿cómo podría olvidar al divino Ulises, cuyo ingenio es superior al de los demás mortales, y era el que más sacrificios ofrecía a los dioses que habitan en el vasto cielo?»

Pero Neptuno, el dios que rodea la tierra, estaba constantemente enojado, a causa del cíclope, a quien Ulises había cegado de su ojo, el divino Polifemo, superior en fuerza a todos los cíclopes. La ninfa Toosa, hija de Forcis, soberano del infecundo mar, lo había engendrado, uniéndose a Neptuno, en profunda gruta. Por esta razón, Neptuno, el dios que sacude la tierra, no hace morir a Ulises, pero lo obliga a andar errante, lejos de la patria. Vamos, tratemos todos de su vuelta, a fin de que regrese a su patria; y Neptuno depondrá su cólera, porque no es posible que dispute solo contra todos los dioses inmortales».

En seguida le contestó Minerva, la diosa de brillantes ojos:

«¡Oh padre nuestro, hijo de Saturno, el más poderoso de los reyes! si ahora agrada a los dioses bienaventurados que el prudente Ulises vuelva a su casa, enviemos al momento a Mercurio, el mensajero matador de Argos, a la isla de Ogigia, para que diga pronto a la ninfa de hermosa cabellera nuestra firme voluntad sobre la vuelta del magnánimo Ulises a fin de que regrese a su patria. Entre tanto, yo iré a Itaca, para exhortar a su hijo y fortalecer su corazón, a fin de que reúna en asamblea a los griegos de hermosa cabellera y prohíba la entrada en su casa a todos los pretendientes, que le matan constantemente muchas ovejas y bueyes de lentos pies y torcidas astas. Lo mandaré a Esparta y a la arenosa Pilos, para informarse de la vuelta de su querido padre, si es que oye decir algo, y para que tenga buena fama entre los hombres».

Después de hablar así, se puso en los pies las bellas sandalias, divinas, doradas, que la llevaban sobre el mar y sobre la vasta tierra, como el soplo del viento. Y tomó una lanza fuerte, guarnecida con punta de acero, pesada, grande, sólida, con la cual destruyó las filas de heroicos guerreros, contra los cuales se irritaba esta hija de un padre

poderoso. Arrojóse de las cumbres del Olimpo, y se detuvo en el pueblo de Itaca, en el vestíbulo de la casa de Ulises, sobre el dintel del patio, teniendo en las manos la lanza de bronce, asemejándose al extranjero Mentos, jefe de los tafios. Encontró a los soberbios pretendientes delante de la puerta, recreando su espíritu en el juego de dominó, sentados sobre las pieles de los bueyes que ellos mismos habían matado. Heraldos y activos servidores mezclaban vino y agua en las cráteras, o bien lavaban las mesas con porosas esponjas, las ponían delante de los pretendientes, y dividían las carnes abundantes.

El divino Telémaco fue el primero que vio a la diosa: estaba sentado en medio de los pretendientes con el corazón afligido, pensando en que su valiente padre viniera de cualquier parte, ahuyentara del palacio a los pretendientes, recobrar su posición, y gobernara sus bienes. Así meditaba, sentado entre los pretendientes, cuando divisó a Minerva, y se dirigió al vestíbulo, indignado de que un extranjero estuviese tanto tiempo de pie, delante de la puerta. Acercóse a él, le tomó la mano derecha, recibió la lanza de bronce, y le dijo estas aladas palabras:

¡Salud, extranjero! Serás tratado amistosamente entre nosotros, y después de alimentarte con una comida, nos dirás lo que deseas».

Habiendo hablado así, la condujo dentro; y Palas Minerva lo siguió.

Cuando estuvieron en el palacio, Telémaco, llevando la lanza, la puso cerca de una elevada columna, en pulido armario de lanzas, donde había otras muchas del valiente Ulises. Hizo sentar a Minerva en un sillón cubierto con hermosa tela bordada, colocó a sus pies un escabel, y llevó a su lado un asiento para ocuparlo, lejos de los pretendientes, a fin de que el extranjero, ofendido por el tumulto, no se disgustase de la comida, encontrándose entre aquellos hombres arrogantes, y para preguntarle por su padre ausente. Una criada trajo para las abluciones una bella jarra de oro, sobre un lebrillo de plata, donde lavarse las manos; y les acercó una pulida mesa. Una intendente venerable trajo pan, y puso sobre la mesa muchos manjares, obsequiándolos con los que estaban guardados; un sirviente les trajo platos con variadas carnes y les presentó unas copas de oro; y un heraldo venía con frecuencia a servirles vino.

Los soberbios pretendientes entraron, y luego se sentaron en orden, en sillas y sillones. Los heraldos les echaron agua en las manos, las criadas llenaron de panes los cestos, y los jóvenes coperos rebosaron de bebida las cráteras. Los pretendientes tendían sus manos a los manjares preparados que tenían delante. Después que hubieron saciado su deseo de beber y de comer, distrajeron su ánimo con otras cosas: el canto y el baile, que son los ornamentos del festín. Un heraldo puso una bella cítara en manos de Femio que cantaba por necesidad cerca de los pretendientes, y tocando la cítara, empezó un hermoso canto. Entonces Telémaco dirigió la palabra a Minerva, acercando la cabeza, para que no oyeran los otros:

«Querido huésped, ¿te molestará lo que voy a decirte? La cítara y el canto interesan con facilidad a estos porque comen impunemente la hacienda de otro, del guerrero cuyos blancos huesos se pudren bajo la lluvia en algún lugar de la tierra, o las olas ruedan sobre el mar. Si ellos lo vieran volver a Itaca, todos desearían ser más ligeros que ricos en trajes adornados de oro. El ha perecido por su cruel destino, y no

tenemos ningún consuelo, aunque cualquier habitante de la tierra nos dijese que habría de volver, pues ya el día de su vuelta no existe. Pero dime y cuéntame con fidelidad: ¿quién eres tú? ¿dónde están tu patria y tu familia? ¿en qué nave has venido? ¿cómo te han traído los marineros a Itaca? ¿quiénes son? Pues no creo que hayas venido a pie. Y dime la verdad para que yo la sepa ¿has venido por primera vez o has sido huésped de mi padre, pues muchos hombres visitaban nuestra casa, y él también visitaba a muchos».

Minerva, la diosa de ojos brillantes, a su vez le dijo:

«Pues bien, yo te responderé con la mayor sinceridad: soy Mentos, me glorío de ser hijo del belicoso Anquialo, y también reino sobre los tafios, amigos de los remos. Ahora he llegado aquí en una nave con mis compañeros, surcando el oscuro mar, en busca de hombres que hablan otra lengua, en Femese, para llevarme bronce y traerles brillante acero. La nave se detuvo allí, cerca del campo, lejos de la ciudad, en el puerto de Reitro, al pie del umbroso Neion. Y podemos jactarnos de ser huéspedes paternos, uno de otro, desde el principio. Si quieres saberlo, interroga al anciano héroe Laertes, yendo a visitarlo, porque, según dicen, ya no viene a la ciudad, sino que padece achaques, retirado en el campo, con una vieja criada, que le ofrece la comida y la bebida, cuando el cansancio rinde sus piernas al caminar sobre el fértil terreno de sus viñas. Y ahora he venido porque decían que tu padre estaba en su país, pero los dioses lo han perjudicado en su ruta. El divino Ulises no ha muerto aún sobre la tierra: vive y está detenido sobre el vasto mar, en una isla, dominado por hombres violentos y salvajes, que lo retienen contra su voluntad. Ahora te profetizaré lo que han puesto los inmortales en mi corazón, y lo que, a mi juicio, ha de cumplirse, sin ser adivino, ni conocer bien los augurios. Ulises no permanecerá mucho tiempo lejos de su tierra natal, aunque esté sujeto con cadenas de hierro: él imaginará los medios de volver, porque es ingenioso. Dime y cuéntame sinceramente si eres hijo mayor del mismo Ulises: te parece a él de un modo notable en la cabeza y en los bellos ojos: nos visitábamos con frecuencia antes de su viaje a Troya, donde fueron también en sus hondas naves otros jefes griegos. Desde entonces no nos hemos vuelto a ver».

El juicioso Telémaco a su vez le dijo:

«Pues bien, huésped, te hablaré sinceramente: en verdad, mi madre me dice que soy hijo de Ulises, pero yo no lo sé, porque nadie puede conocer su propio nacimiento. Yo debería ser hijo de algún hombre dichoso, que llegara a la vejez en sus posesiones. Pero ahora dicen que soy hijo de Ulises, el más infortunado de los mortales; ya que me preguntas sobre este asunto».

Minerva, la diosa de ojos brillantes, le respondió:

«Los dioses no te han dado un linaje sin gloria en lo futuro, pues Penélope te ha engendrado tal cual eres. Pero dime, cuéntame con sinceridad. ¿Qué significa esta comida y esta concurrencia? ¿Qué necesidad tienes de esto? ¿Se celebra un festín o una boda? Ellos no comen a escote; me parece que insolentes y arrogantes se dan un banquete en el palacio. Cualquier hombre sensato que estuviese aquí se indignaría de tales licencias».

A su vez le contestó el juicioso Telémaco:

«Huésped, ya que indagas y me preguntas sobre este asunto, te diré que esta casa ha debido ser rica e intachable, cuando aquel hombre estaba aún en el país, mas ahora los dioses, tramando desgracias, han dispuesto otra cosa; los dioses, que lo han convertido en el más ignorado de los hombres. Yo no me afligiría así, aunque hubiese muerto, si cayera con sus compañeros entre los troyanos, o en los brazos de sus amigos, después de terminar la guerra. Entonces todos los griegos le hubieran construido un sepulcro, ganando también inmensa gloria para su hijo, en lo porvenir. Mas ahora las Harpías se lo han llevado sin gloria: ha muerto ignorado, desconocido, dejándome penas y gemidos. Y no lloro y me lamento solo por él, pues los dioses me han deparado otras desgracias. Porque los principales que gobiernan en las islas, en Duliquio, en Samé y en la umbrosa Zacinto, y todos los que mandan en la peñascosa Itaca, pretenden casarse con mi madre, y arruinan el palacio. Mi madre no rechaza este odioso himeneo, ni puede dar fin a sus persecuciones, mientras ellos empobrecen mi casa con sus banquetes, y pronto acabarán tam-

(Por omisión al pasar al formato digital el manuscrito del canto o bien porque se haya traspapelado, falta en nuestra copia la hoja 28 del texto de Laura Mestre)

bién allí, en ligera nave, buscando un veneno mortal que le sirviera para untar sus flechas de bronce. Ilo no le dio el veneno por temor a los dioses inmortales, pero mi padre se lo dio porque lo estimaba mucho. Si tal como era, Ulises se encontrara entre los pretendientes, todos tendrían rápido fin y amargas nupcias. Pero estas cosas están seguramente en manos de los dioses, si es que vuelve o no a castigarlos en su palacio. Yo te exhorto a pensar en los medios de arrojar del palacio a los pretendientes. Vamos, escucha y atiende a mis palabras: reúne mañana en consejo a los héroes griegos, y dirígeles un discurso tomando a los dioses por testigos: obliga a los pretendientes a retirarse a sus casas; y si tu madre desea en su corazón casarse, que vuelva al palacio de su poderoso padre, donde le proporcionarán otro matrimonio y le darán una dote tan valiosa como conviene que lleve una hija querida. Si tienes confianza en mí, te aconsejaré juiciosamente: prepara la mejor nave de veinte remeros y ve a informarte de tu padre, largo tiempo ausente, para ver si algún mortal te dice algo, o si oyes algún rumor de Júpiter, que es lo que más difunde la fama entre los hombres. Ve primero a Pilos, y pregunta al divino Néstor, y de allí ve a Esparta, donde vive el rubio Menelao, que fue el último en volver de los griegos acorazados de bronce. Si oyes hablar de la vida y de la vuelta de tu padre, espera un año más, aunque estés preocupado; pero si oyes decir que ha perecido, que no existe, regresa en seguida a tu patria, y piensa en construirle un sepulcro, en celebrar sus funerales con la suntuosidad debida, y en darle otro esposo a tu madre. Pero después que hayas hecho y cumplido estas cosas, medita en tu corazón y en tu espíritu los medios de dar muerte a los pretendientes en tu palacio, con astucia o abiertamente, y no te ocupes en niñerías, porque ya has pasado esa edad. ¿No has oído hablar de la gloria que ganó entre todos los hombres el divino Orestes, cuando mató al asesino de su padre, al pérfido Egisto, que inmoló a su ilustre

padre? Así tú también, amigo, sé valiente, pues te veo grande y hermoso, para que alguien te celebre en lo porvenir. Yo volveré a buscar mi rápida nave y mis compañeros, que tal vez se molestan por tener que esperarme. Ocúpate en esto, y atiende a mis palabras».

El juicioso Telémaco le respondió a su vez:

«Huésped, seguramente dices estas cosas con buena intención, como un padre a su hijo: nunca las olvidaré. Quédate ahora, aunque te precise volver, para que te bañes, y se regocije tu corazón; y vuelvas luego a tu nave con un regalo valioso y bello que te alegre el espíritu, un presente mío, como se ofrecen a los huéspedes amados».

Minerva, la diosa de ojos brillantes le respondió en seguida:

«No me detengas cuando deseo partir; y el regalo que tu corazón te impulsa a darme, me lo entregarás cuando vuelva, para llevarlo a mi casa, escogiéndolo muy hermoso y digno de ser correspondido por otro».

Después de hablar así, Minerva, la diosa de ojos brillantes, se fue volando lejos como un pájaro, habiendo infundido en el corazón de Telémaco fuerza y audacia, y dejándole un recuerdo aún más vivo de su padre. Meditando en su ánimo, Telémaco se estremeció al suponer que el extranjero sería alguna divinidad. Y el mortal parecido a un dios, se dirigió donde estaban los pretendientes.

En el medio cantaba un ilustre aeda, y ellos sentados, lo escuchaban en silencio. Cantaba el deplorable retorno de Troya de los griegos, a que los había forzado Palas Minerva. Y en el piso alto la prudente Penélope, hija de Icario, advirtió el divino canto, y bajó la elevada escalera de su aposento, no sola, sino acompañada de dos criadas. Cuando Penélope, divina entre las mujeres, llegó donde estaban los pretendientes, se detuvo en la puerta de la bien construida sala, con el rostro cubierto por un velo brillante, y teniendo a cada lado una virtuosa criada. Después llorando dirigió la palabra al divino aeda.

«Femio, tú conoces otros muchos cantos que agradan a los hombres, las hazañas de los mortales y de los dioses que celebran los aedas: sentado entre ellos, cántales alguna de esas acciones, mientras beben vino en silencio. Deja ese canto lúgubre, que siempre me desgarrar el corazón dentro del pecho, ya que me ha tocado una desgracia inolvidable. Recuerdo siempre al guerrero cuya gloria se difunde por Argos y por Grecia, y deploro su muerte».

El juicioso Telémaco en respuesta le dijo:

«Madre mía, ¿por qué te disgusta que un cantor tan amable nos deleite según su deseo? Los aedas no son los causantes de nuestras desgracias, sino Júpiter, que otorga sus dones a los industriosos mortales, como le agrada. No hay que indignarse porque Femio cante el cruel destino de los griegos: los hombres celebran preferentemente el canto más nuevo que se ofrece a sus oídos. Tu alma y tu corazón deben obligarte a escucharlo: Ulises no es el único que ha perdido el día del regreso: otros muchos han perecido. Vuelve a tu aposento, y ocúpate en tus labores, en la tela y en el huso, y ordena a las criadas que se apliquen al trabajo. La palabra corresponde a los hombres, y a mí principalmente que poseo el mando de la casa».

Asombrada Penélope, volvió a su aposento guardando en su corazón el sensato consejo de su hijo; y subiendo al piso alto con las criadas lloró después a su amado esposo, hasta que Minerva, la diosa de ojos brillantes, vertió en sus párpados dulce sueño.

Los pretendientes de Penélope se amotinaron en el sombrío palacio, deseando todos compartir su lecho, mas el prudente Telémaco les dirigió estas palabras:

«Pretendientes de mi madre, llenos de insolente audacia, regocijémonos ahora comiendo, sin dar clamores, porque es agradable oír a un cantor como Femio, semejante en su voz a los dioses. Pero en cuanto amanezca, sentémonos en asamblea, para que yo os diga, sin rodeos, que salgáis del palacio: ocupaos en otros festines y gastad vuestras riquezas en mutuas recepciones. Y si os parece mejor y más ventajoso consumir impunemente la propiedad de un hombre, podéis destruirla; pero yo invocaré a los dioses inmortales, a ver si Júpiter ordena el castigo de estas acciones: entonces pereceríais sin venganza dentro del palacio».

Así dijo; y todos se mordieron los labios, asombrados de la osadía con que hablaba Telémaco.

Antinoos, hijo de Eupites, le respondió a su vez:

«Telémaco, seguramente los mismos dioses te enseñan a expresarte con energía y audacia. Deseo que el hijo de Saturno no te haga rey de Itaca, rodeada por el mar, que es tu patrimonio por el nacimiento».

El juicioso Telémaco le respondió a su vez:

«Antinoos, aunque te moleste lo que diga, quisiera alcanzar ese poder si Júpiter me lo diera. ¿Dices que la autoridad sobre los hombres es funesta? Pues reinar no es nada malo: en seguida el rey posee una casa rica, y es más respetado. Es verdad que en la isla de Itaca hay otros reyes griegos, jóvenes y ancianos, alguno de los cuales puede gobernarla, ya que ha muerto el divino Ulises; pero yo seré el dueño de mi casa y de los esclavos, que el divino Ulises me consiguió como botín de guerra».

Eurímaco, hijo de Polibo, le contestó diciendo:

«Telémaco, depende ciertamente de la voluntad de los dioses decidir cuál de los griegos ha de reinar en la isla de Itaca, pero sé tú el dueño de tus bienes y gobierna en tu palacio. No creo que se presente el hombre que a la fuerza te arrebate tus bienes, estando habitada Itaca. Mas deseo, buen amigo, preguntarte sobre el extranjero. ¿De dónde viene este hombre, y de qué país se jacta de ser? ¿Dónde está su familia y su campo paterno? ¿Viene a anunciar la vuelta de tu padre o a reclamar una deuda suya? ¿Cómo se ha precipitado, desapareciendo pronto sin dejar que lo conocieran? Por su rostro en nada parecía ser un miserable».

El prudente Telémaco le respondió a su vez:

«Eurímaco, seguramente ha fracasado la vuelta de mi padre, por lo tanto no creo en las noticias que vengan de cualquier parte; ni me preocupa la profecía que mi madre pide al adivino llamado al palacio. Pero este huésped paterno es de Tafos y se jacta de ser Mentos, hijo del belicoso Anquialo; también gobierna a los tafios, amigos de los remos».

Así habló Telémaco; pero su espíritu había reconocido a la diosa inmortal. Los pretendientes se divertían atendiendo al agradable canto y esperaban a que llegara la noche. Estando entretenidos, llegó la oscura noche: entonces desearon dormir y se retiraron a sus casas. Y Telémaco subió a acostarse en el aposento elevado que le habían construido en el hermoso patio, en lugar descubierto: muchas preocupaciones agitaban su mente. A su lado llevaba la antorcha encendida; la virtuosa Euriclea, hija de Ops, hijo de Pisenor, que en otro tiempo Laertes había comprado en su primera juventud, con sus propios bienes, dando por ella veinte bueyes: la honraba en su palacio al igual de una honesta mujer, pero nunca había compartido su lecho, para evitar la ira de su esposa. Euriclea, que llevaba la antorcha encendida, amaba a Telémaco más que las otras criadas, y lo había alimentado cuando niño, abrió la puerta del bien construido dormitorio. Telémaco se sentó en el lecho, se quitó su blanda túnica y la puso en manos de la prudente anciana, que después de plegarla y arreglarla, la colgó de un clavo cerca del esculpido lecho, y salió del aposento: tiró de la puerta por el anillo de plata, y la cerró con el pasador que pendía de una correa. Allí Telémaco, cubierto por una lana de oveja, meditó toda la noche en el viaje que le había aconsejado Minerva.